

EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

INVASION DE ESPAÑA POR LOS FRANCOS

EN EL SIGLO VIII.

ARTICULO 2.º (1)

Vencido y humillado pasó Carlomagno por la Galia meridional arrastrando los restos de su malhadada expedición. La historia no ha podido guardar documentos de aquellos tiempos remotos, y así la fábula acompaña á la verdad y la desfigura. Pero si en todas las naciones era difícil conservar exactos recuerdos, éralo mucho mas en España donde la única ocupacion, la constante y afanosa tarea era un no interrumpido combate. Los narradores árabes hablan de la campaña del Ebro en términos confusos, despreciando á los salvages invasores, y sin dar cuenta de la embajada del monarca godo, mientras que algunos coronistas ni aun mencionan á Bernardo del Carpio al contar las aventuras de Alonso 2.º Las tinieblas envuelven aquella época lejana de que solo quedan, como pilares, monumentos in-

destructibles, porque lo que despues de muchos años se salvó del naufragio de la nacion en la venida de Muza, las instituciones de los visigodos que, al presentarse restaurada y vencedora la monarquía, aparecen con la primitiva fuerza, de creer es que continuaron arreglando el estado social del país, si bien no siempre obedecidas, respetadas al menos y veneradas. Los cronistas franceses dan mucha mas importancia que los nuestros á la expedición de Carlomagno, sin explicar precisamente qué objeto traía al vencedor de los Sajones desde los confines de Alemania á las dificultades y asperezas de los Pirineos.

Si por conjeturas puede averiguarse la razon de los hechos oscuros, podría decirse que solo un impulso religioso precipitó al rey franco en la península, al paso que solo un sentimiento de independencia y nacionalidad aunó á los españoles para resistirle. Carlomagno era sin duda el hombre mas notable de su época, pero su capacidad era proporcionada al estado de las poblaciones bárbaras que le tocaba regir. Conquistador antes que todo, habia llevado sus armas entre los rudos habitantes de los bosques germanos, á las famosas selvas de donde se precipitaron legiones de salvages á destruir el imperio de Occi-

Julio 11 de 1841.

(1 Véase el número anterior.

dente. Vigorosos y aguerridos, resistían, valientemente á la invasion de un monarca, cristiano sí, pero poco mas adelantado que ellos, de un monarca que recibía de mano agena el impulso civilizador. Y aun cuando se le suponía instruido y lleno de grandes planes, difícil era su objeto porque era larga y penosa su taréa. Si apenas bastaba la vida de un hombre para acabar la obra de la conquista, para someter al imperio ordenado de un gobierno central aquellas tribus salvajes y belicosas, ¡cuán difícil, por no decir imposible, debía ser el arreglo de una civilizaci6n adelantada! Carlomagno tenia que luchar y fundar á la vez las leyes, el estado civil, las nuevas costumbres y hasta las instituciones militares: Carlomagno, por saber ó por instinto, comprendió que la sola unidad posible por entonces era la unidad religiosa, que al fin habia de amalgamar los pueblos con el lazo mas fuerte que á los hombres puede unir: así, su objeto primario y esclusivo era la propaganda armada, la estension de la fé católica á viva fuerza, con sangre de los idólatras; y construido sobre tan deleznales bases, el grande edificio que fundó cayó en gran parte cuando faltaron sus hombros para sostenerlo.

Y si tanto le quedaba que hacer en el Norte ¿á qué fin caminaba al medio día? Nada tenia que temer en los Pirineos: los montes y los cristianos de Asturias defendian sus fronteras contra los árabes, poco ansiosos ya de estender un imperio que se complacian en robustecer y conservar á toda costa: la

lucha interna daba sobrado que hacer por otra parte para pensar en campañas estrangeras. Así pues, no fué el sentimiento de propia defensa contra ataques supuestos ó reales, el sentimiento que precipitó á Carlomagno en Aragon: por el contrario; los pueblos belicosos del Rhin, que tan inesperadamente abandonaba amenazaban sus armas con insurreccion de incalculables consecuencias. Detener la empezada obra de la conquista, desaprovechar la favorable coyuntura que sus recientes victorias le proporcionaban, era una imprudencia que solo podía excusar una empresa de superior atencion.

Ni era tampoco un deseo desenfrenado de añadir estados á su corona lo que impulsaba al monarca frances. Extensos territorios se ofrecian, como presa legítima, á su ambicion, allí donde su inclinacion y sus intereses le habian hecho por tantos años combatir. La fuerza de su imperio estaba en el norte, porque del norte solo podian venir su engrandecimiento ó su ruina. Ni era calculo acertado empezar una campaña que podia únicamente darle provincias separadas de sus estados por unos montes que, en aquellos tiempos, casi como intransitables se presentaban. Era mejor empresa dar vida á las poblaciones del Rhin y disputar á todos los príncipes la supremacia sobre la Italia septentrional.

La embajada supuesta ó positiva de don Alfonso el Casto debió pesar poco en las resoluciones del poderoso rey, porque ciertamente no valía la ofrecida herencia los trabajos y penalidades

de una campaña como la de Aragón. Los estados del hijo de Fruela eran pobres y brindaban pocos recursos para un genio ambicioso: luchar eternamente de noche y de día para alcanzar una subsistencia miserable; dejar á cada paso los instrumentos de labor para defender con la lanza el hogar doméstico de la rapacidad de los merodeadores mahometanos; procurar estender á fuerza de constancia por algunas leguas mas la asolada frontera, tal era la vida de los habitantes de Galicia y de Asturias. No debía lisonjear mucho la oferta de semejante corona al brillante conquistador franco que llenaba el mundo con su reputacion y sus proezas; y si en su ambicion lo deseaba, preciso es confesar que solo con este objeto no hubiese reunido tan costoso y formidable ejército para apoyar sus pretensiones.

Pensar, como M. Guizot, que la campaña del Ebro fue fruto de los pensamientos de civilizacion que abrigaba el genio de Carlomagno, parece una conjetura sobrado aventurada en la posicion especial del monarca francés y de la península española. Los recursos de que Carlomagno disponia eran mas bien que elementos de arreglo y organizacion, elementos de batalla. No eran los borgoñeses y lombardos los instrumentos mas propios para dar á un pais la civilizacion que le faltase, ni podia en aquel siglo concebir ningun hombre, en medio de la ruina universal, tan alto pensamiento. Aun suponiendo, como M. Guizot, que este deseo civilizador del rey franco era mas bien instintivo que sistemático y profundo, sería necesario confesar que

no era Carlomagno quien podia razonablemente emprender tan grande obra; porque, asi como se comprende facilmente su superioridad moral en el Rhin no se concibe como podia traer á España el adelanto intelectual. Si creyó civilizar la península, grande ignorancia manifestaba acerca de su estado. ¿A qué venia? ¿qué podia enseñar el rey de los bárbaros francos, seguido de guerreros feroces como en tiempos de Honorio, á una nacion en que del choque de opuestas creencias salía una luz moral desconocida en Europa?—La España estaba dividida en dos grandes campamentos. Atrincheros los cristianos en sus montañas de Asturias y Leon, dominando la mayor parte de la Galicia, tenían que hacer frente á enemigos poderosos: los gérmenes de civilizacion habian de desarrollarse indispensablemente con mucha lentitud absorvidas las fuerzas sociales en el calor de una lucha azarosa y eterna; pero, entre aquellos bárbaros pueblos despreciados por los espléndidos musulmanes, quedaban magníficos restos de la antigua organizacion: las instituciones romanas conservadas por los reyes godos regian aun en las ciudades y aldeas: el *forum judicum*, mas completo que las Capitulares, regulaba el órden civil, salvo del naufragio general: aquellos elementos yacían ciertamente en abandono, pero lejos de morir, ostentaban cada vez nuevo vigor y lozanía. Las poblaciones de Asturias no podian ofrecerse como modelos dignos de imitacion; pero pobres y oscuras como eran, llevaban notable ventaja en su aspecto social al

imperio mas brillante que sólido del emperador Carlomagno. — La civilizacion árabe se presentaba en España con una magnificencia que deslumbraba y sorprendia. El adelanto intelectual de los moros, dueños de casi toda la península, formaba un contraste marcado con la ignorancia general del resto de Europa. La agricultura salia de la infancia para aclimatar en nuestro suelo plantas hasta entonces desconocidas, y las llanuras de Valencia, Sevilla y Granada se convertian en vegas deliciosas, gracias al excelente sistema de regadío que ninguna nacion ha podido luego imitar. Fértiles y cultivados los campos, producian la abundancia, madre de la poblacion que crecia á pasos agigantados en la parte meridional de España. Desarrollábase el comercio con el litoral de Africa, y la industria, favorecida por la actividad y los continuos adelantos de los árabes, derramaba el tesoro de lujosas telas, de brillantes armas, de ostentosos arreos que eran la admiracion del mundo. Aunque con sobrada autoridad en mano de los walis no siempre fieles y tranquilos, el gobierno central conservaba fuerzas bastantes para comunicar el impulso civilizador á las mas lejanas provincias. — La tolerancia religiosa presidia á las comunicaciones de los sarracenos con los cristianos, calmado el impetu de la invasion. Los vencidos conservaban sus iglesias para adorar al Dios de sus padres, mientras los judíos, en todas partes perseguidos, acudian á Sevilla, Córdoba y Toledo donde levantaban ostentosas sinagogas. Los árabes asom-

brados por el genio del pueblo romano, respetaron las municipalidades en el territorio invadido, dejando en su fuerza ese admirable elemento de organizacion. La legislacion sencilla y arbitraria, pero pura y moral todavia, conservaba la paz interior y daba mas seguridad á los individuos que la que en otros paises se gozaba. Las artes nacia con un carácter nuevo pero espléndido y lujoso, preparándose á levantar las soberbias mezquitas y los magníficos alcázares de Sevilla y de Toledo, de Valencia y Zaragoza, de Córdoba y de Granada. Fundábanse academias para interpretar el Koran y liceos para disputar los premios de poesia. Viajaban á Damasco los jóvenes para aprender los recónditos secretos de la filosofia oriental y se abrian cátedras en que esplicaban los alfaquíes los preceptos de la moral mahometana. Y estos eran sin embargo arranques no mas de la esplendorosa y brillante civilizacion que comenzaba, para llegar magestuosamente á su apogeo, y caer vencida tan pronto ante la irresistible, ante la eterna fuerza del cristianismo. — Y si tal era entonces la España, ¿era razonable el pensamiento de invadirla, con el objeto de civilizarla? ¿Es creíble que hasta tal punto hubiese llegado el orgullo y la ignorancia del conquistador francés que hubiese abrigado semejante empresa?

Otro era evidentemente su objeto, y este objeto debió ser exclusivamente religioso. El origen de la expedicion, el conocido fanatismo de Carlomagno, los consejos del pontífice, todo concaerda

para probar que, sin otro plan, sin otro sistema que el ensalzamiento de la cruz y la ruina del culto mahometano, se arrestó aquel caudillo á precipitar sus guerreros en España. Cuando una expedicion está dirigida por un sentimiento religioso no hay concierto, ni prevision alguna: la fè manda y la fè no necesita racionios porque todo es posible para ella. En las empresas políticas el cálculo, la reflexion preparan los resultados: en las empresas religiosas manda inevitablemente el entusiasmo de las turbas que se comunica á las cabezas mas firmes: el arrebató de las masas es la fuerza y con la fuerza se combate: así en la expedicion de Carlomagno se le vé venir imprudentemente de Alemania con numerosas legiones para inundar á España y libertarla del yugo sarraceno: viene sin conocer el país, sin preparacion alguna, sin otro plan que el de destruir el culto de Mahoma; y sale vencido con la misma precipitacion que entró, dejando la mitad de su ejército enterrado en Roncesvalles.—Lleno de esas ilusiones que solo produce la fè, despues de haber puesto en movimiento masas enormes de guerreros, sin saber á donde alcanzaban los recursos de los enemigos, se arroja con numeroso ejército y se vé obligado á retirarse aun antes de haber encontrado á los soldados del rey de Córdoba.—Las expediciones políticas llenan las páginas de la historia, pero no exaltan la imaginacion de los pueblos, mientras que las empresas religiosas olvidadas ó desatendidas por los historiadores, dejan una huella eterna en el corazon de los hombres.

La poesia, apoderándose de las leyendas y recuerdos, es la esplicacion comun, el eco inmortal de esos grandes movimientos que sin razon de intereses ó de ambicion, han hecho combatir generaciones contra generaciones, pueblos contra pueblos á la voz de sus creencias distintas, de sus diferentes religiones. La campaña del Ebro y la derrota de Roncesvalles han sido por eso tan celebradas en las canciones, romances y leyendas, encontrando tantos trovadores para inmortalizar sus aventuras, para exagerarlas con fabulas; mientras que los coronistas y narradores, sin datos suficientes para asegurar la verdad, no hallando razones de interes que expliquen el hecho, se contentan con mencionarlo ligeramete. Y sin embargo, ¿quién no conoce en Europa á Bernardo del Carpio, á Oliveros, al Rey Marsilio, al arzobispo Turpin, al traidor Ganelon, cantados por los franceses, los italianos y los españoles? ¿En qué antiguo poema cancion ó romance deja de hallarse el nombre de Roldan, el valiente paladin á quien algunos poetas y prestes han colocado entre los santos del paraiso, y cuya figura está esculpida en muchas iglesias del norte y medio día de Europa? ¿Quién no ha oido el nombre de Roncesvalles, que no tiene otro título para la fama que la controvertida derrota de Carlomagno?

Los guerreros de Alemania, Francia é Italia, que con el rey franco vinieron, traian la religion por enseña y estandarte: los moros y cristianos españoles que los aislaron en el Ebro y los derrotaron al fin en Roncesvalles

combatian por su independencia y nacionalidad, sentimiento tan fuerté á veces como el entusiasmo religioso. Asi es que, mientras los invasores venian con desordenado ardor, los pueblos del norte de España, no pudiendo resistir de frente, los acosaban talando el pais que recorrian y dejándolos empeñarse mas y mas donde por falta de recursos y por cansancio no habian de poderse mantener. El espíritu de nacionalidad unia á los cristianos con los árabes, dando treguas á su incesante batallar y al odio profundo que los dividia: por vez primera, unida la enseña de Cristo con la media luna de Mahoma, se ayudaron para una empresa comun: los sentimientos de nacionalidad contrapuestos á los sentimientos religiosos, produjeron el conflicto que acabó con la terrible matanza de Roncesvalles.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

CURSO DE HISTORIA

DE LA CIVILIZACION DE ESPAÑA

POR D. FERMIN GONZALO MORON.

No hay en Valencia quien no recuerde con placer aquella época gloriosa para su Liceo, en la que, colocado al frente de una de sus cátedras el brillante jóven D. Fermin Gonzalo Moron, pronunciaba desde ella sus elocuentes lecciones sobre la historia de España, arrancando entusiasmados aplausos á una escogida y numerosa concurrencia. Pocos de los amigos del jóven profesor

dejaron de tributarle en aquellos dias el homenaje debido á su talento; mas encuéntrase entre estos pocos el que escribe este articulo, y no quiere retardar por mas tiempo el pago de una deuda tan lisongera á su corazon.

Constituidos en la corte cuando el jóven Moron pronunciaba sus lecciones en el Liceo de esta capital, no pudimos tener el honor de ser contados en el crecido número de sus admiradores. Tampoco le hemos tenido mientras las pronunciaba en el Ateneo de Madrid: la casualidad ha hecho que caminásemos en direccion contraria, y esta casualidad nos hubiera impedido gozarnos en los triunfos alcanzados por su talento, si la impresion de su obra no hubiese venido á satisfacer completamente nuestros deseos. Empero, la obra del jóven profesor ha comenzado á ver la luz pública, y su deseada publicacion nos ha confirmado en la alta idea que de su mérito teníamos.

Imposible parece que un jóven de 25 años haya podido atesorar tanta y tan escogida erudiccion, cuanta se nota en sus lecciones: imposible parece que en una edad en la que apenas es permitido á la generalidad de los hombres dar su dictámen sobre los puntos menos árduos de las ciencias, haya habido uno tan audaz que se haya atrevido á llamar á su presencia para juzgarlos á los sabios de todas las épocas, á los reyes de todas las naciones y á los sacerdotes de todos los pueblos. Esto sin embargo es lo que acaba de hacer don Fermin Gonzalo Moron en su Curso de historia de la civilizacion de España,



ENCICLOPÉDICO.

y este solo atrevimiento le haría digno de alto renombre sino concurriesen á reclamar toda la gloria, con títulos mas poderosos, el acierto con que ha tratado las cuestiones mas difíciles, y la civilizadora filosofía que ha derramado en todas sus páginas.

Con efecto, dedicada la primera leccion del jóven profesor á discutir cuál sistema entre todos los conocidos es el mejor para escribir la historia, admira sobremanera la fina crítica con que nos habla de todos ellos, y fuérganos con sus indestructibles argumentos á admitir con él la escuela filosófica que defiende. «El historiador, nos dice, debe hacer marchar de frente los hechos sociales y los individuales, los actos de la voluntad de los gobiernos y los de la inteligencia de los filósofos, mostrar, en una palabra, el desarrollo social y el desarrollo individual. Empero, no bastará tampoco una narracion seca y descarnada de la diversa série de hechos, que son los materiales de la historia. El historiador contará y concluirá despues, referirá los acontecimientos, estudiará su relacion y presentará en todo las causas y los efectos... La historia entendida y desempeñada de esta manera, contendrá los errores y la sabiduría de los gobiernos, los errores y la sabiduría de los pueblos, servirá á ambos de enseñanza y leccion, y espejo de lo pasado estenderá viva y brillante luz sobre el porvenir.»

No hay quien no conozca que esta manera de escribir la historia es la única que puede dar á los lectores una idea completa de los verdaderos adelanta-

mientos de las naciones. Nosotros convenimos con el señor Martinez de la Rosa, en que hay épocas y acontecimientos que se prestan mas al género descriptivo que al filosófico; convenimos en que la historia puede ser escrita muchas veces, como ha escrito Mr. de Barante la de los duques de Borgoña; pero no podemos menos de decir con el señor Moron, que el *desideratum* de la ciencia es la escuela filosófica, porque solo ella puede hacer que nos sirva lo pasado de profunda leccion para lo presente. Fijado ya de este modo el sistema que juzga nuestro autor mas digno de ser adoptado, pasa luego á hacer nos una pintura del caracter que distingue á cada uno de los historiadores mas célebres antiguos y modernos; y despues de habernos hablado de Herodoto y Tucídides, de Tácito y Tito Livio, de Gybbon y de Hume, de Bosuet y de Niebur, detiénese en presentarnos una reseña de los estudios históricos de nuestra patria.

Preciso es confesar que el jóven Moron ha estado feliz en esta reseña: preciso es confesar que ha dado en ella una muestra brillante de sus vastos conocimientos en la literatura nacional. Su juicio de Gerónimo Blancas y de Zurita, su elogio del erudito bibliotecario don Nicolas Antonio, y la descripcion rápida, pero exacta, de cuanto hay escrito, sobre historia en nuestra España, nos prueban que el autor nó se ha contentado con adquirir noticias vagas sobre nuestros historiadores, sino que los ha estudiado todos con detenimiento. Y ¿no pasma ver á un jóven en la flor de su

edad, instruido con la lectura de tanto *in folio* alzar su voz magestuosa y grave para contarnos lo que pensaron nuestros abuelos y señalarnos los errores en que incurrieron?... «Por todo cuanto me queda de vida, dice el vizconde de Chateaubriand en el prólogo de sus discursos históricos, no quisiera que comenzasen de nuevo los 18 meses que acababan de trascurrir. No es posible formarse una idea de la violencia en que he vivido: he tenido que abstraer mi espíritu diez, doce y quince horas al día de todo lo que pasaba en tornomio para entregarme á la composicion de mi obra.» Esto decia el autor del *Genio del cristianismo*, cuando acababa de escribir sus discursos históricos. ¿Qué diremos nosotros del jóven autor del Curso de historia de la civilizacion de España?... El *cantor de los mártires* se encontraba ya en la edad de los pensamientos graves cuando se lamentaba de lo que habia tenido que sufrir en la composicion de sus *estudios*; el jóven profesor, de cuya obra nos ocupamos, se encuentra en la edad de los amores y los placeres; el primero escribia en una nacion que premia con larga mano las producciones del genio: el segundo en una nacion que apaga el fuego del talento con la frialdad con que recibe sus inspiraciones; y sin embargo, no 18 meses sino años, no 12 ó 15 horas por día sino días enteros, habrá empleado el jóven Moron para poder dar al público sus lecciones... ¡Ah! un sacrificio de esta naturaleza solo los hombres eminentes pueden llevarlo á cabo; solo aquellos que han nacido con una inteligencia privi-

legiada pueden ver pasar indiferentes en la primavera de sus días, los hermosos objetos que nos rodean, las seductoras imágenes que hacen palpar nuestros corazones para vivir á todas horas evocando las sombras de los que les precedieron...

Debatida ya la cuestion sobre el modo de escribir la historia, y hecha la reseña de los discursos históricos de nuestra patria, emplea el autor su segundo cuaderno en darnos una idea cabal de lo que entiende por civilizacion, y en hacernos una pintura de las cuatro civilizaciones diferentes que se distinguen en los anales del mundo. «La civilizacion, nos dice, es un hecho triple que abraza el desarrollo material, intelectual y moral de la especie humana; pero es necesario considerar este desarrollo en el individuo y en el gobierno; porque ha sucedido con frecuencia que la accion social ha comprimido el desarrollo individual, y algunas veces que la direccion viciosa, exagerada ó criminal del hombre ha sido funesta al progreso de la sociedad.» Poco diremos sobre esta manera de considerar la civilizacion; es en nuestro concepto la mas filosófica y mas digna. La idea que se tiene jeneralmente de la civilizacion es una idea de *perfeccion*, y la perfeccion no puede existir sino con el desarrollo triple de que nos habla el jóven profesor: desarrollo material, moral é intelectual. Los que entienden por civilizacion el desarrollo intelectual ó material de un estado padecen un error gravísimo. La época de Augusto fue la mas *inteligente* de Roma, y sin embar-

go tenerla por completamente civilizada sería hacer un insulto á las costumbres, porque en aquella época fue, cuando tuvo comienzo la espantosa corrupción que tan hedionda hizo la Roma de Tiberio y de Caligula, de Neron y de Eliogábalo. Lo mismo sucedería si viniere otra época en que el desarrollo material de una potencia fuera muy grande y no acompañasen á este desarrollo el moral y el intelectual. Esta potencia podría ser tenida por muy *rica*, pero nunca ser presentada por *modelo de civilización*.

Hecha esta esplicacion, y pasando el autor, como hemos dicho, á presentarnos las cuatro civilizaciones diferentes que se distinguen en la historia, sorpréndenos sobre manera el tino y la verdad con que nos las describe, y la valentia con que combate el error donde quiera que le descubre, siendo igualmente inflexible con los magos del Oriente, que con los filósofos de la Grecia. El señor Moron es jóven, tiene un corazón generoso, una alma sensible, una cabeza privilegiada y no puede ver sin exaltarse esas *grandes inmoralidades* que han sido admitidas mas de una vez como principios de gobierno en aquellas naciones desgraciadas que no pudieron conocer la suave religion de Jesucristo. Por eso le vemos declamar indignado contra la desapiadada lejislacion de Licurgo y contra las inhumanas teorías de Platon y del maestro de Alejandro; por eso le vemos en fin levantarse furioso contra las costumbres orientales, y prorumpir en sentidas frases y delorosos ayes al hablar de la poligomia y de los pueblos en que ha sido admitida. «¡Vergon-

«zosas naciones! esclama; vosotras habeis divinizado el sensualismo y los placeres; habeis condenado á la degradacion y al embrutecimiento la obra maestra de la providencia; habeis impedido crecer y desarrollar su córola á la mas bella de las flores; y vosotras sois dignas de vuestro humillante destino! ¡Hombres injustos! os mostrais tiranos sobre seres que no pueden reclamar contra la sinrazon; os ostentais dueños absolutos del harem y del seralio; y todo vuestro poder no alcanza á conquistar la voluntad y el alma. Tambien sentis la pena de vuestra injusticia: la vida debe seros pesada y dolorosa, y cuando la muerte venga á cortar el hilo de los dias trascurridos en la liviandad y el desenfreno, vuestros ojos no mirarán en torno suyo ningun objeto caro y sagrado para el corazón; vosotros no escitareis recuerdos ni pesares; y quizás los alaridos y los gritos infernales de alegría de vuestras numerosas mugeres anunciarán al mundo la desaparicion de su tirano.»

Tales son las materias contenidas en las dos lecciones que ha dado á la imprenta el jóven profesor hasta el dia en que escribimos este artículo. La estrechez de las columnas de un periódico nos han impedido examinarlas tan estensamente como deseábamos; pero basta lo dicho para que puedan nuestros lectores formarse una idea de su mérito. El Sr. D. Fermin Gonzalo Moron acaba de prestar un servicio de la mayor importancia á su desgraciada patria; y si esta, ocupada hoy en llorar sus repetidos infortunios, no agradece cual debe los profundos estudios de uno de sus mas so-

bresalientes ingenios, día vendrá en que fijando su atención en su presente desacuerdo, corone con lauros inmarcesibles la frente del vencedor.

Nosotros entre tanto felicitamos al señor Moron, felicitamos á sus amigos, y felicitamos por último al Liceo valenciano y al Ateneo de Madrid, que cuentan en el número de sus socios y profesores á tan distinguido y tan precoz talento.

La filosofía del siglo XIX, los estudios graves propios de una época tan ilustrada como la actual, no se detienen ya en los Pirineos; ya han pasado á fertilizar nuestro suelo conducidos por un jóven insigne, discípulo y émulo al mismo tiempo de los Guizots y los Chateaubriands. ¡Gloria eterna á este jóven! El siglo XVIII condenaba sin previo exámen todo lo que habia existido, solo porque habia existido: semejante al jakal de las Indias, complaciase en dar vueltas en torno de los sepulcros, y en devorar los cadáveres de sus mayores: el siglo que le ha seguido desentierra los antiguos monumentos, y antes de condenarlos quiere juzgarlos. Este es un paso gigante: ¡quizás no esté lejos la hora en que se complete la obra, devolviéndoles su primitiva reputacion y haciéndoles justicia! ¡Oh! este día será señalado con letras de oro en las páginas del porvenir!

Valencia 4 de junio de 1841.

PEDRO SABATER.

UN RECUERDO (1).

III.

Mientras se otorga á los viajeros una hospitalidad que á nadie han negado y se reponen de las fatigas de la noche parécenos acertado dar una idea de la situacion de los institutos religiosos en aquellos tiempos: sin violencia podian dividirse en dos clases, una ascéticamente contemplativa, otra religiosamente turbulenta: oraban los primeros, acogian los peregrinos, socorrian los desgraciados, auxiliaban los menesterosos, y encerrados casi siempre en el recinto de sus muros rara vez ensanchaban el círculo de sus escursiones mas allá de los límites de su reducida posesion, á no ser que alguna calamidad pública ó algun inminente peligro reclamase su presencia en las poblaciones; mas cuando esto sucedia, cuando se imploraba el auxilio de su ministerio, ningun género de sacrificio les era costoso, ningun obstáculo ni penalidad les parecia invencible: cuantas veces abandonaban el silencioso retiro y trepando por las encumbradas rocas en una noche tenebrosa y espuestos á sepultarse en un abismo y á quedar sumergidos en la nieve llegando antes que el día á ofrecer al enfermo los simples que su estudio y observaciones les habian hecho conocer como medicinales, y no satisfecho aun su ardiente amor hacia el desvalido, ellos mismos se los aplicaban y les curaban la enfermedad del cuerpo y les socorrian en la miseria que les aquejaba, y confortaban su vacilante espíritu y tranquilizaban su alma desasosegada. Contentos entonces de haber llenado uno de los mas agradables deberes de su ministerio, volvianse al

(1) Véase el número anterior.

desierto bendiciendo á Dios que les habia ofrecido ocasion de hacer una buena obra eligiéndolos por instrumento de su piedad, por medio de su providencia, y un cántico de gracias al señor en medio de las alturas espresaba el fervoroso amor y ardiente caridad en que sus ministros rebosaban. Alguna vez el caminante extraviado los divisó á lo lejos arrodillados ante la magestad del cielo en el altar de su suprema magnificencia, y al contemplarlos estáticos y arrobados admirando al Criador en sus obras, y al mirar flotar sus vestiduras al capricho y merced del viento creyeron divisar una figura aérea y fantástica que revelaba algo de sobrenatural.

Sencillos y modestos, religiosos sin hipocresía, caritativos sin vanidad, tolerantes sin relajacion, humildes en sus miradas, austeros en sus costumbres, eran por lo menos una reunion de hombres que edificaban con su ejemplo, que dulcificaban los hábitos salvajes de los pueblos, que osaban amparar al débil contra las violencias del fuerte, que predicaban la igualdad de Jesucristo y el liberalismo del evangelio, que aplazaban los crímenes de la tierra para el tribunal de igualdad del cielo: eran en fin el único punto de apoyo de una civilizacion naciente combatida y casi sofocada por la agreste ignorancia de los señores feudales alternativamente víctimas y opresores de los reyes, pero constante azote de los pueblos: esta clase á quien llamaremos la de los monges buenos, ha hecho grandes servicios á la causa de la humanidad y á la de la cultura general de Europa. Créese vulgarmente por pocos y afectase creer ciegamente por muchos que los institutos religiosos han pugnado por detener el curso de la civilizacion porque su desarrollo podria menguar y aun destruir la influencia que por tan justos títulos tenian en la sociedad adquirida: á pocos acusadores puede concederse buena fé sopena de ampliar demasiado el catálogo de los ignorantes.

Hasta el establecimiento de los tribunales de la fé, sabido es que no apareció la pretension de detener el demasado lento curso de la ilustracion; es mas, ni se hubiera comprendido la necesidad de hacerlo ni sospechado ventaja en ello; para suponerlo necesario era tambien asegurar que en los siglos XI, XII y XIII á que nos referimos ya se preveia que habia de llegar un tiempo en que sujetándose á un prolijo exámen su origen se decidiria resueltamente sobre su existencia, y tal pensamiento está tan en abierta contradiccion con lo que de aquella época ha llegado á la nuestra, que para darle algun crédito necesario seria condenar como una fábula la historia. La de aquellos tiempos ofrece un resultado enteramente contrario: en medio de una sociedad naciente unida aun con lazos escesivamente débiles, sin grandes intereses comunes, sin otras leyes que algunas tradiciones, sin mas razon de gobierno que la fuerza, descollaba una institucion que sin temer al fuerte por fuerte, ni despreciar al débil por débil, predicaba con la palabra y persuadia por el ejemplo la igualdad, la fraternidad, la justicia: los desmanes de los grandes y la tirania de los reyes encontraba en ella un freno, y la debilidad de los pueblos un escudo: habia mas, lejos de embarazar la ilustracion la fomentaban y á sus esfuerzos y á su perseverancia débese en gran parte su desarrollo: á no ser así ¿cuándo hubiera salido de su ayeccion un pueblo en que los grandes potentados, los magnates, los señores creian empañados sus blasones con saber el abecedario? Los antiguos monasterios fueron en medio de aquel diluvio de ignorancia como el arca de Noé donde se salvó el principio que habia de regenerar la tierra; ellos fueron los propagadores de toda ilustracion como fueron sus depositarios, ellos trabajaron con ahinco para obtener un fruto, que si no fué mas sazonado á otras cau-

sas harto conocidas y no á no falta de interés en él; y para que sobre esto no quede ni el mas leve asomo de duda á los que de buena fé la hayan tenido daremos una razon suprema: á la existencia de los mismos monjes interesaba la ilustracion de los pueblos: la poca escrupulosidad de los magnates consignada está en la historia, como tambien que su religiosidad no fué siempre tan edificante que no les tentase tal cual vez la codicia de invadir y reclamar gruesas contribuciones á los monasterios: el principal apoyo de estos era como no podia menos, la clase pobre y menesterosa, era con la que estaban en contacto, la que esperaba su suave gobierno, la que recibia en fin sus beneficios; necesitaron pues, instruirlos, vencer sus preocupaciones; destruir sus hábitos de servidumbre y para lograrlo reveláronles que el poder de los grandes es respetable en tanto que obran justamente, que olvidando esta indispensable condicion licita es la defensa, justa la guerra, santa la causa: que grandes y pequeños, poderosos y cesvalidos tienen un fin comun como tuvieron un principio, debiendo acomodarse á los mismos medios; que hay una grandeza infinitamente superior á la de los hombres que es la de Dios, que ante ella todas las clases y gerarquias de la tierra desaparecen, y solo prevalecerán las gerarquias de los hombres de bien. Tales principios predicados con fé y perseverancia, tal demostracion de los respectivos derechos de los hombres fuerón poco á poco preparando el campo en que mas adelante habia de fructificar esta semilla de que mas que ellos las futuras generaciones se utilizarian.

La segunda clase de monjes aunque seguramente menos numerosa merece capítulo aparte; porque lejos de seguir la práctica y costumbres de sus compañeros, sucedia por el contrario que frecuentemente se mezclaban en las contiendas y revueltas intestinas, no dejando

de designarnos la historia algunas veces como sus principales agentes, y caso hubo de ser sus promovedores. Dirijidas estas comunidades por preladados con mas apego á los azares de la tierra que á la bienaventuranza del cielo, completamente olvidados de las palabras *mi reino no es de este mundo*, mas de una vez han figurado en escenas políticas y militares: cual fuese el origen, quien diese la causa difícil es hoy averiguarlo. Acaso por estar fundados sus monasterios ó en principales poblaciones ó en sitios fuertes, ya por naturaleza ya por arte, se verian obligados al principio para acudir á la defensa propia á tomar parte activa en las querellas de su tiempo; quizá los reyes solicitasen su auxilio espiritual al principio temporal, despues para enfrenar la avaricia y desafueros de los señores, ó bien estos los comprometiesen á contener las usurpaciones de aquellos ó algunas veces entrambos les nombraron arbitros de sus contiendas y jueces de sus derechos, ó acaso tambien el convencimiento de su posicion y su influjo les aguijoneó á mezclarse en los asuntos temporales: la verdad es que lo hicieron, que no siempre tuvieron por norma la mansedumbre y caridad evangélica, que su ejemplo no era de lo mas edificante y que la historia los presenta alternativamente ya refrendando como altos potentados de la tierra las escrituras, donaciones, testamentos y otros documentos de los reyes, ya sembrando la muerte y desolacion en los campos de batalla, ya desempeñando el papel de diplomáticos, ya defendiendo sus tierras de enemigos poderosos, ya talando las agenas con la fiera del mas desalmado salteador. El ejemplo de los gefes cundió con demasiada rapidez entre los súbditos y de ahí desnaturalizarse la institucion, el pervertirse la moral, aconteciendo no pocas veces ver convertida una comunidad en un escudron y en cuartel un monasterio.

Si no fuese ageno á mi propósito acaso lograría sino fijar la opinion dar al

menos alguna luz sobre la verdadera causa de esta esencial diferencia entre unos y otros monasterios, y aun podría esponder razones que disculpsen en cierto modo una vida tan turbulenta y agena de su verdadero camino, pero no cumple á mí designio seguir mas adelante. Baste por ahora saber que habia entre los monges como en toda humana sociedad gentes de diverso temple, de varias inclinaciones, los habia turbulentos y pacíficos, militares y religiosos, malos y buenos, vandidos y santos; y que á los buenos pertenece la hospedería donde se albergan los viajeros: ¿ni cómo sería yo capaz corriendo su alojamiento de mi cuenta y costándome lo mismo de zamparlos entre los malos? esto sería la mas refinada mala intencion.

IV.

Ya era bien entrado el dia cuando el clamoreo general de las campanas anunciaba, que concluidos los fúnebres oficios solo el responso faltaba, su ruido despertó á nuestro buen caballero que vistiéndose con el apresuramiento del que desea no faltar á una cita cuyo término está para espirar y atravesando las largas y angostas galerías de los diversos departamentos interiores se dirigió á la iglesia donde sin duda para oír los divinos oficios debiera haber ido mas temprano: á su llegada advirtió que habia oído las últimas palabras del sacerdote y solo un leve un zumbido que aun quedaba le anunció que el cántico acababa de cesar. Pesaroso de esta tardanza, avergonzado tal vez ó con un verdadero sentimiento intentó, al parecer, reparar esta falta puesto que permaneció en la iglesia á pesar de haberse concluido los oficios.

La obscuridad que habia en ella apenas permitia aquel exámen que tan natural es en el que por primera vez vé una habitacion cualquiera; y que sin ser falta de respeto ni cosa parecida le distrae involuntariamente y estravía su vis-

ta y luego el pensamiento por el suelo, la techumbre y en último resultado por todos los ángulos del edificio: esta tentacion de examen es tal y tan fuerte que ni el peligro ni el sentimiento logran sofocarle. Un reo condenado á morir lo primero que se le ocurre exáminar es la capilla: un detenido, la cárcel, una visita la estancia en que se le recibe; y sin embargo no descende á los detalles, esto queda para la muger: el hombre el edificio, la muger el adorno, aquel las piedras y las columnas, esta los rasos y brocados, el uno lo estable, el otro lo transitorio, el hombre la fuerza la muger la belleza: quizá esto dimane de la distinta organizacion de cada uno y aun esto esplique la diversidad de afectos y sensaciones: quien sabe.

El tránsito de mas á menos en la luz aumenta considerablemente la obscuridad, únase á esto que la iglesia recibia escasa luz por la tosca cristalización de sus claraboyas, modificada aun mas por las tupidas cortinas que las cubrian y se tendrá aproximadamente la medida de la luz, ó por mejor decir de la obscuridad de la iglesia.

Pocos seran los que no hayan experimentado la soledad, el completo aislamiento y la profunda duda en que se queda cuando se entra en una estancia y no se puede ver lo que hay al rededor: no se mueve temeroso de ser observado, no habla porque no vé á quien dirigir la palabra, y no raciocina por que su entendimiento está por un momento embebido en su propio abandono: tal era la situacion del poco madrugador caballero á su entrada en el templo; en él permaneció un largo espacio quizá orando, su exterior denotaba el mas profundo recojimiento: concluidas sus preces se preparaba á partir cuando parecióle sentir una leve respiracion cerca de sí: tan leve causa produjo sin embargo un grande efecto, fue un grito de alarma en una plaza sitiada. Ningun gesto, ninguna accion, ningun movimiento reveló este secreto, pe-

ro recojiéndose en sí mismo permaneció inmóvil sin variar la postura en que se hallaba, y merced quizá á su prevision su duda fue en parte satisfecha: vió salir de una capilla lateral ó de detras de una columna que tenia delante una figura al parecer de muger, que cruzando la iglesia hasta la mitad de la capilla mayor, situada en el centro de su principal nave, y arrodillandose á los pies de una gran cruz que en ella habia, fue alejandose despues poco á poco hasta que desapareció sin que pudiese alcanzar á ver donde se habia ocultado; acaso la interposicion de la cruz produjo su eclipse, ó la falta de luz impedia ver la puerta porque se habia retirado, sin embargo este accidente tan natural tenia algo de misterioso y extraordinario: cuando el caballero se convenció de que no volvia á aparecer esta sombra ó realidad dió rienda á su respiracion que habia tenido largo tiempo comprimida temeroso de ser descubierto.

¿Era ilusion, ó realidad? si lo último ¿de dónde habia salido? ¿qué hacia allí? ¿á dónde iba? ¿qué buscaba?: he aquí el primer pensamiento, el cúmulo de dudas que le ocurrieron antes de detenerse á hacer reflexion alguna: sobre el sexo no la tenia porque si bien la larga túnica y velo en que parecia consistir su ropaje lo mismo podria encubrir una figura de hombre que de muger, una especie de instinto le decia con cierta seguridad que aquella respiracion suave, blanda, delicada y sutil que él habia percibido no era de un habitante del monasterio.

Hay una especie de sentimiento que nos suele revelar a veces cosas que son, sino desconocidas, inciertas: si quisiéramos definir en qué consiste no podríamos, y sin embargo es una realidad. Esta facultad instintiva no es solo peculiar del hombre; alcanza quizá á todos los vivientes: una madre distinguiria á su hijo entre mil, enteramente parecidos: un pájaro cuenta á un solo golpe de vista los huevos de su nido.

No era por cierto el desconocido que

esta sensacion experimentaba un hombre á quien la curiosidad dominase hasta el caso de faltar á la hospitalidad ni sus sentimientos de pundonor y delicadeza le permitian la averiguacion de un secreto que no le confiaban a la vista de un semblante que se le velaba. Hubiera deseado, sí, conciliar sus deseos con sus deberes pero no siéndole posible, levantóse y flanqueando un poco la cruz que habia encubierto la misteriosa figura, pero sin violentar su natural direccion se retiró con mas tardo paso que el que habia venido á la habitacion que le tenian designada, donde ya le esperaba su companero de viaje.

B. NUÑEZ DE ARENAS.

Un Recuerdo.

*«Si de tu pecho intentas algun dia
borrar la imagen de tu tierno amigo,
esta memoria mia
de tu crimen será mudo testigo.»*

Huid, huid fantasmas bullidoras
de la agitada, inquieta fantasia,
dejad serenas trascurrir las horas,
y en apacible calma
adormecida el alma
dejadme descansar tan solo un dia.

Huid, huid recuerdos que traidoros
atormentais el ánimo doliente,
fugaces metéoros brilladores
que un instante luciendo
dejaís desapareciendo
llanto en el corazon, fuego en la frente.

Sombra sin cuerpo, engañador deseo
que agita al alma mia, y no le alcanza,
trocado en su verdugo hora te veo,
y perdido su encanto
la ilusion que amé tanto
en el mar naufragó de la esperanza.

Aerea y pura la soñó mi mente,
y al mirarla batir sus alas de oro
en piélagos de luz resplandeciente,
me abrasó tanto fuego

que amarla quise ciego,
y hora el amargo desengano lloro.

Murió al nacer, como capullo tierno
que mece en el abril aura temprana,
y sus hojas marchita crudo invierno,
que es para el desgraciado
á este mundo lanzado
lisonja el bien, y la esperanza vana.

Huid, huid fantásticas visiones,
que arrancais de mi pecho lacerado
una á una las bellas ilusiones
de la edad inocente
cuando la altiva mente
creyó tocar un porvenir dorado.

Ilusiones no más! Fantasmas bellos,
que el pensamiento arrullan y enaltecen,
prismas del bien, y mágicos destellos
que el desengano apaga,
y en su abismo se traga
cuando en los sueños del amor se mecen.

Soñar para vivir! Horrible idea!
pero infeliz de aquel que no delira,
pues en tanto que altivo un Edéa crea,
si la esperanza crece
su vapor le adormece,
y la desnuda realidad no mira.

Fugaces resvalaron las auroras
de la infantil edad de encantos llena,
y ya no tornarán las dulces horas
de mi amoroso anelo
cuando al sonar un cielo
el caliz no apuré de amarga pens.

Llorad, ojos, llorad el desengaño
que en mi abatido corazón devoro,
las lágrimas tal vez calmen el daño
que causó al alma mía
aquella que algun día
el ángel fue de mis ensueños de oro.

Triste memoria de mi bien perdido,
lisonjera ilusión de mi deseo
sepultaros pretendo en el olvido,
mas ay! que es vano intento,
sombra del pensamiento
huyo de verte y sin cesar te veo.

¡Cuántas veces la noche misteriosa
mudo testigo fué de mi ventura;
y el hechicero rostro de la hermosa
con afán contemplaba,

apenas le bañaba
fulgente luna con su lumbre pura!

¡Cuántas veces el aura lisonjera
repetía su tierno juramento
al reflejar del sol la roja hoguera,
y cuántas ay! la aurora
desde el zafir que dora
sorprendió su amoroso pensamiento!

El mundo entonces ay! me parecía
de flores un jardín; pero se lanza
á quererlas tocar la mano mía,
y halló que eran abrojos...
Llorad, llorad mis ojos,
que ya no brilla el sol de la esperanza.

Virgen hermosa que soñó mi mente,
ya que ingrata á mi amor hora te pierdo,
y destruyes con calma indiferente
mi porvenir de gloria,
consagra á mi memoria
en tus doradas horas un recuerdo.

Larga es la vida, largo es el camino
de la cuna al sepulcro, quizá un día
en él nos junte bárbaro destino
cuando sin fé mi pecho
se goce en tu despecho
como hoy te gozas en la pena mía.

Mas no, yo la perdono, aunque perjura
deja mi amante corazón desierto,
y pido al hacedor en mi amargura,
que sin ser sumergida
en el mar de la vida
feliz de su esperanza arribe al puerto.

EUSEBIO ASQUERINO.

TEATRO DE LA CRUZ.—JUGAR CON
FUEGO.—EL SASTRE DE LONDRES: *traducciones del francés.*

La primera de estas piezas es un *juquete* que á la verdad nada tiene de chistoso ni entretenido. Una intriga pobre y vulgar, caracteres falsos y mal delineados y un diálogo siempre lánguido y alguna vez pesado, tales son las dotes de una comedia que no obstante que pertenece al género que se llama *alto*

cómico, segun se nos dijo en los anuncios, causó poquísimos efectos en el público que la oyó con indiferencia y la silvó con gusto.—Cierta marquesita jóven mas que medianamente inclinada á la coquetería, está enamorada de otro marqués y sin embargo se deja obsequiar de un duque galanteador de oficio no solo con objeto de humillar á este sino con el fin de castigar á su amante que le ha dado motivo de celos con una baronesa; pero el duque llevaba segunda intencion en el galanteo: queria abatir el orgullo de la marquesa y cuando esta cree haberlo engañado y tenerlo perdido de amor se encuentra que es ella la chasqueada y que el duque se ha burlado.—Tan pobremente desempeñado está el plan que no ofrece ni una situacion, ni una escena en que los actores se pudiesen lucir; así es que la ejecucion á cargo de la Teodora Lamadrid, Alverá y Mate fué buena pero no produjo efecto.

Tócanos hablar, por órden cronológico del *Sastre de Londres* comedia en dos actos ejecutada la misma noche y en el mismo teatro y fuerza es convenir en que hay noches desgraciadas; tampoco gustó el *Sastre* apesar de que lo desempeñó Lombardia con gracia é inteligencia y que le ayudaron los demás á salir airoso de la empresa.—El Sastre, que está enamorado de una muchacha muy linda encargada de llevar las cuentas de la tienda y á quien por exceso de timidez no ha dicho una palabra de su amor, recoge en su casa á un jóven perseguido por deudas; no le parece mal la chica al tramposo, el bueno del sastre se pone fuera de sí de celos y en el acceso manda buscar á la policía para entregarles el delincuente que era tambien su deudor, pero algunos incidentes le hacen sospechar que este jóven es hijo de un lord gobernador en Indias el cual á su regreso se halla dispuesto á reconocerlo; entonces nada de pensamiento, lo hace huir por una puerta falsa y se resuelve ha-

blar en favor suyo al lord á quien debe ver con motivo de un frac que le ha encargado llevar un doctor que muestra gran interés por el sastre. Se presenta nuestro menestral al exgobernador, y puede juzgarse de su sorpresa cuando sabe de boca del mismo que tambien es hijo suyo y que al punto será reconocido si conviene en casarse con una prima rica, hermosa y amable. Consiente el sastre por vengarse de Cecilia (así se llama la muchacha) á quien supone enamorada del otro; mas esta llega, le descubre el error en que está, le jura que no ama sino á él y entonces para poderse casar con ella, resuelve renunciar á su nueva fortuna; el lord, su padre, que lo que queria era un hijo y nada mas, le admite al instante la dimision y reconoce al otro calavera que queda en el palacio en tanto que el sastre se vá con Cecilia á ejercer de nuevo su profesion.—Lo inverosímil de la intriga destruye en gran parte el efecto de esta pieza porque ni es natural la timidez que manifiesta el sastre para declarar su amor á una muchacha con quien se ha criado, ni se justifica bastante la renuncia que hace de su posición de lord y par de Inglaterra, ni es sobre todo posible que un padre, que al cabo de muchos años encuentra dos hijos, reconozca al uno y abandone al otro mostrándose indiferente á que reconocido sea cualquiera de ambos. Aunque estuviere conducido el plan con mas habilidad de lo que es la pieza se hubiese estrellado en el desenlace, porque el público no podia sancionar en sus aplausos la burla, que tal puede llamarse del mas noble de los afectos; el de un padre á sus hijos. El resultado fué el que se debia presumir. Lombardia pidió un aplauso y se lo dieron, pero cayó el telon y se silvó la comedia; el publico hizo justicia

DIRECTOR Y EDITOR,
FRANCISCO DE P. MELLADO.